

A pesar de que la opinión pública tiene puesto el trasero en la nariz de Carter y la mente en dirección a La Meca, estos días en Madrid la gente fina ha podido realizar algunas cosas delicadas: firmar un papel para que los cuatros suelten a Rupérez, asistir al estreno de "La Sabina" de Borrau y salir del Amaya echando pestes por lo bajo a ras de la muela empastada, comprobar lo feliz que se siente el editor Lara de ser millonario, oír o leer la conferencia del marqués de Villaverde contra la Monarquía y la democracia y pensar que el tipo ha callado lo más importante: que es la democracia de Suárez la que en definitiva, lo mantiene a salvo e impide que la opinión pública entre a saco en su pasado. Pero ahora la opinión pública tiene metida la cabeza en un barril de crudo. No está para nadie.

Si no te han pedido que firmes un folio de barba para mover el corazón de la ETA por el secuestro de Rupérez, ya puedes jurar que eres una nulidad total. No importa. Jomeini lo va a igualar todo con el serrucho del cinco. Tampoco importa que el editor Lara penetre triunfalmente como un rey del petróleo y azote a billetes a una bandada de escritores en un salón del hotel Ritz y haga estallar su boquita de piñón en carcajadas monetarias al oír las sutilezas de un abate volteriano que es duque de Alba o al ver el ceño a media asta de Vázquez Montalbán, ganador del Planeta, que es incapaz de alegrar esa cara, aunque le den ocho millones de pesetas.

Por ahí no va la onda. No tiene el más mínimo interés que el marqués de Villaverde sin disfrazarse como otras veces de Errol Flynn o sin equiparse de sota de espadas, invada como una cabra airada con hábitos del Santo Sepulcro la tienda de lámparas de esta democracia con la inconsciencia de un adolescente que ignora el terreno que pisa. No pasa nada. Al margen de la literatura de un gran escritor como Vázquez Montalbán o del analfabetismo político de un pequeño marqués como Villaverde, lo más significativo de nuestro momento cultural consiste en que en los cócteles de presentación de algún libro, en la inauguración de exposiciones de pintura o en el epílogo de cualquier conferencia

la gente, si se lo dan gratis, vuelve a comer mucho. Los intelectuales, escritores y artistas se abaten sobre el pincho de tortilla, el montado de lomo o el canapé con un tic de posguerra, con un frenesí que es presagio de la escasez que se avecina. El apetito desmesurado de esta parroquia tan sensible no anuncia nada bueno, más bien detenta alguna catástrofe de racionamiento. Hace muchos años que no se asistía a un cóctel con el espíritu

Los contrayentes estaban sentados sobre el aspa de sus patas en un almohadón azul celeste, tenían las manos dulces sobre las rodillas y la mirada ardiente por el hallazgo de la nueva verdad. Un magnetófono esparcía por la gran sala algo destartada una melodía arábigo-andaluza del siglo XIII. La novia vestía un traje blanco de sultana y el novio lucía chilaba y turbante. La liturgia fue muy sencilla. Se acercó el mukaden, les invitó a que se co-

HAY QUE HACERSE MUSULMAN

MANUEL VICENT



de ahorrarse la cena. Ya está aquí. El público, para no perder comba, acude en masa al "Apocalipsis now", que es una hortelana llena de escopetazos de lujo, marines vaqueros, helicópteros, morteros a la valenciana, botes de humo muy bonito de color en tres gamas, toneladas de zumo de tomate, todo rematado por un Marlon Brando en plan King-Kong rapado soltando sentencias pseudometáforas acerca del destino de la crueldad.

Si quieres escapar del tedio de la cultura de tercera mano y colocarte en la cresta del refinamiento, hazte musulmán lo antes posible. Es lo último que se lleva en materia de espiritualidad sofisticada. Pasa incluso de pasota y déjate caer en los brazos de Alá, que además es el amo de todas las gasolineras. Dobra el cuello como un lego del desierto y sueña con un racimo de dátiles deslumbrados por la sequía. Hace unos días se ha producido en Madrid un acontecimiento de primera magnitud religiosa, cultural y sociológica, que por supuesto no ha recogido la prensa. Por primera vez desde el tiempo de los Reyes Católicos, una pareja de universitarios españoles, macho y hembra, hermosos y pálidos por la emoción, ha contraído matrimonio por el rito sufi. La ceremonia se ha desarrollado en un piso de Arturo Soria a ritmo de sura, con el recogimiento espectacular de los neoconvertos.

gieran de la mano y preguntó en árabe a Mohamed Ali, antes Roberto González, si quería a Sabora, antes Amparo Cárdenas, y después a Sabora si quería a Mohamed Ali. La sonrisa de los neófitos protagonistas daba a entender que los dos se querían mucho y entonces el mukaden lo dio por todo bueno.

Un perfume gordo se había apoderado del cuadro y las volutas de incienso en pastillas cubrieron las cabezas de la comunidad de españoles musulmanes. Hubo cánticos, bailes y una oración sucinta, todos arrodillados con el cogote enfilado hacia una ventana abierta que daba a La Meca por encima del parque Conde Orgaz. Sentados sobre alfombras bereberes, con el vaso de té moro en la mano, se escuchó luego la enseñanza perentoria del sheik que había concebido la idea de pedir audiencia al Rey don Juan Carlos para reclamar formalmente que se cumplan las Capitulaciones de Granada, que dan a los musulmanes españoles completa libertad. Así están las cosas.

El Corán se está agotando en todas las librerías. Se ha visto incluso al pintor Anciones echando un vistazo a los consejos del profeta Mahoma en una whiskería. Ahora los latigazos de Jomeini han llenado de euforia a los fieles. Un imán pakistani que vende perfumes en el Rastro ha reclutado en torno a su calcañar la leva

marroquí y a diez españoles convertidos. Durante algún tiempo, la comunidad ha arrastrado una existencia mortecina, pero de pronto ha tomado aire y los conversos acuden a manadas. Los españoles adictos a Mahoma asisten raramente a las mezquitas los viernes. Son pequeños grupos establecidos en pisos, unos con el rollo asceta, otros con la vibración de "Las mil y una noches". Han llegado a la mística mahometana desde el pasotismo o desde la anarquía del mayo del 68. Pero es lo último que se lleva en materia de onda. Rezar a Alá cinco veces al día, ejecutar abluciones reglamentarias sobre el cuerpo y soñar con un viaje a La Meca.

Si no se puede ir a La Meca, se puede ir a cenar al restaurante Al Munia, siempre poblado de gente guapa, mujeres rutilantes, ejemplares con el pasaporte muy sellado. La otra noche en la mesa vecina se oía perfectamente la conversación de un "play-boy", entreverado de ejecutivo del Opus, con una sofisticada pasota tipo internacional. Sobre un cordero sacrificado, el hombre expresaba su deseo de viajar a Arabia Saudita y por una pista caravanera alcanzar el valle dominado por el yébel Abu Qubays, el territorio sagrado y prohibido a los que no son musulmanes. Habla de acogerse a la posada obligatoria establecida por el profeta hasta instalarse en La Kaba y estrellar las cejas en la piedra negra, efectuar rezos múltiples en la Gran Mezquita en forma de cuadrilátero, trazar los siete recorridos de al-Safa al Marwa, pasar la noche preceptiva en la colina de Arafa, establecer el sacrificio propiciatorio en Mina y lapidar un montón de piedras según el ritual preislámico. El "play-boy" lo sabía todo. Estaba al día. Esa es ahora la forma de ligar a gran escala.

Esa misma noche, a la salida del restaurante, en una acera del paseo de Recoletos, un hombre de barba blanca y una maleta de madera a los pies gritaba en la desierta oscuridad con un gran crucifijo en la mano que el fin del mundo está cerca, que el cataclismo sucederá en 1983. Con los brazos abiertos, clamaba por la conversión de los pecadores. De aquí a entonces todavía hay tiempo. Durante cuatro años puedes andar de mahometano por la vida. ■